

D20

S4

V.5

HISTORIA UNIVERSAL

Esta obra es propiedad de don Manuel Rodríguez, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Madrid: Establecimiento tipográfico de José Amalio Muñoz. Cuesta de Ramon, núm. 3.

EPOCA DECIMATERCERA.

INTRODUCCION.

Caída del imperio de Oriente.

Dos siglos abarca esta época, decíamos en el ingreso de esta obra; dos siglos de movimiento y luchas, de fe en las inteligencias, y de mal reposados vicios y pasiones en el secreto fondo de los corazones; dos siglos de nuevo triunfo para la ciencia católica, para el arte religioso; para la sociedad un gran número de instituciones; dos siglos de paz, de discordias y bárbaras luchas intestinas que conmueven al mundo y ensangrientan su suelo, y enloquecen los ánimos y retardan é impiden para lo porvenir el maravilloso iniciado concierto entre lo espiritual y lo temporal, único lazo de misteriosa pero cierta salvacion social, para los pueblos de ayer, de hoy y de mañana.

Época grande en verdad, no sólo estudiada bajo la dulce impresion del sentimiento, sino al traves de la fiel é imparcial crítica de la más severa razon.

Es la época de la *mística* y de la *escolástica* tan desnaturalizadas y seriamente impugnadas por los apóstoles del moderno error, por cuya virtud conviene que dejemos de antemano consignados ligeramente sus conceptos, pues si hemos de considerar más bien lo espiritual que lo terreno en la ciencia histórica, ántes debemos desentrañar y generalizar las ideas que no los hechos aislados, sin que incurramos por esto en el idealismo de los historiadores racionalistas.

La *escolástica* y la *mística* debieron su origen á un solo y mismo esfuerzo del espíritu, que se manifestó bajo dos aspectos diferentes, aplicándose, ya á la clara percepcion, ya al sentimiento profundo de las cosas.

El alejamiento de Dios por el pecado, y la reconciliacion con Dios por la gracia, son las ideas fundamentales del cristianismo. Luégo, como al separarse de Dios el hombre ha sido muerto, no tan sólo en su vida moral, si que tambien en la intelectual, es preciso que el cristiano, á medida que adquiere la conciencia de sí mismo, procure restablecer la union y semejanza del hombre con Dios por su inteligencia y voluntad, por la ciencia y por la vida práctica. Efectivamente, lo que es la teoría para la práctica, lo es la escolástica para la mística; y nada quizas caracteriza mejor esta grande obra de la restauracion católica en la edad media, como estas palabras de Ciceron: *Vetus quidem illa doctrina eadem videtur, et rectè faciendi et benè dicendi magistra.*

Por de pronto, ¿qué es la escolástica en su esencia? Un racionalismo sobrenatural. La escolástica parte de la enseñanza de la Iglesia, y se esfuerza en hacer ir acordes la fe y la razon, y en hacer salir la ciencia de la fe. Á imitacion de Origenes, su objeto es reducir á sistema el dogma, y fundar una filosofía de la religion.

TOMO V

006313



La misma tendencia había prevalecido en los primeros siglos. De aquí es que todos los escolásticos ortodoxos sostuvieron con los alejandrinos, San Agustín y Escoto Erigena este principio fijo, á su modo de ver: *La fe precede á la ciencia y fija sus límites y condiciones*. Partiendo de este principio, llevaron hasta las consecuencias más absolutas la teoría de la percepción y de la idea, como se vió, por ejemplo, en la disputa del nominalismo y del realismo.

Háblase mucho de los elementos que Platon y Aristóteles han suministrado á la escolástica, y aún los hay que les atribuyen una influencia decisiva en su dirección general; mas en el fondo, ni el uno ni el otro tienen relación esencial é íntima con la escolástica, ó con la filosofía de estos tiempos. No pretendemos negar por esto que Platon haya llamado la atención de los teólogos escolásticos por la analogía de su doctrina con los principios de la revelación, y su ardiente deseo de llegar por la ciencia á algun resultado positivo y práctico. Por este motivo, los Padres de la Iglesia le habían llamado el Moisés ático, y consideraban la profunda inteligencia del *padre y jefe de la filosofía*, como le llama San Ambrosio, como el primer resplandor de la revelación naciente. San Justino mártir y Clemente de Alejandría habían hablado ya con entusiasmo de los pensamientos y lenguaje del *maestro por excelencia*, y no temieron en apropiarse algunas partes de su filosofía en todo aquello que no se relacionaba con el dogma. Más tarde, cuando por la caída de Orígenes se siguió algun menoscabo á la reputación de Platon, Agustín siguió en algunos puntos al filósofo y le prestó nombre y autoridad. Es igualmente innegable que Aristóteles ejerció una autoridad poderosa en la edad media, y se conoce la influencia de estos dos axiomas de su metafísica y de su lógica: 1.º No hay más ciencia verdadera que la de las cosas necesarias y generales; 2.º Toda ciencia se compone de tres cosas: de principios, definiciones y demostraciones, ó en otros términos, de silogismos. Pero la influencia de Aristóteles y de Platon, no fué más que mediata, y como lo habían hecho precedentemente Boecio y Casiodoro, se

echó mano de los elementos peripatéticos y platónicos de una manera esencialmente cristiana. El mismo espíritu que indujo á Boecio á traducir la *Lógica* del Estagirita, condujo á Reichard á explicar las *Categorías* en el convento de San Burghard en Wurtzbourg. Otro tanto puede decirse de Alberto Magno, de Santo Tomas de Aquino y de otros escolásticos, que contribuyendo con sus comentarios á vulgarizar á Aristóteles y Platon, se valieron de ellos para sus propias exposiciones cristianas. Conocían más particularmente á Platon por la obra de San Agustín sobre la *Ciudad de Dios*, en donde este gran Padre considera la filosofía platónica bajo muchos respectos, pero siempre bajo el punto de vista cristiano. Los escolásticos siempre supieron distinguir el fondo de la forma dialéctica. Para el fondo se recurría á Platon, y para la forma silogística se acudía á Aristóteles. Sin embargo, escolásticos muy célebres, tales como San Anselmo y San Buenaventura, se emanciparon completamente del rigor silogístico, y dieron rienda suelta á su espíritu. Esta notable actividad de los escolásticos de la edad media ha llamado la atención de los grandes espíritus de todos los tiempos, y ahora se empieza á apreciarla como se debe. Sólo ha sido negada á la escolástica su importancia científica por la parcialidad ó medianía que ha desdenado la especulación, por parecerle demasiado árdua ó demasiado peligrosa. Todos los profundos pensadores, así de la Iglesia como de fuera de ella, desde Bossuet y Leibnitz hasta Hegel, la han altamente apreciado. Nadie seguramente piensa en resucitar el ergotismo; pero aquella ciencia, aquella energía del pensamiento que distinguía á la escolástica, su respeto, su amor caballeresco, su ardor por la verdad, ¿quién en nuestros tiempos no quisiera verlos reaparecer? ¿Quién no desearía ver tomar á la teología en la propia fuente ese fecundo vigor de que por desgracia está privada, desarrollar lo que la escolástica había comenzado con tanta energía, seguido tan vivamente y adelantado tanto, y demostrar al fin, especulativamente y por la ciencia, las verdades que los hechos y la historia nos han colocado fuera de duda?

Lo que hemos dicho de la escolástica se



aplica igualmente á la mística de la edad media. Ésta tomaba sus inspiraciones del Evangelio de San Juan, de los escritos de Dídimo y de Macario el Antiguo, y sobre todo de los de San Dionisio el Areopagita, por el cual se unía á la escuela neoplatónica. Los místicos, como los neoplatónicos, prescribían la mortificación de los sentidos para alcanzar una unión práctica, santa y viviente con Dios. Conviene, sin embargo, no olvidar aquí una diferencia esencial y muy á menudo desconocida: la mística cristiana, partiendo del hecho de la caída primitiva, tiende á restablecer la unión y semejanza del alma con el espíritu divino, mientras que el neoplatonismo, desconociendo la caída original, pretende llegar á la absorción total del alma en Dios, que es lo que constituye el panteísmo. Por lo mismo, la primera se abstiene de hacer abstracción de la materia y del cuerpo, como los platónicos; á su vista el cuerpo es una cubierta necesaria, manchada, en verdad, con el pecado original, y que pone estorbos, no á la deificación del alma, que es imposible, sino á su actual semejanza con Dios.

La escolástica y la mística son, pues, la una para la otra, lo que la ciencia es para la vida. Mientras que la primera tan sólo se ocupa en los principios teóricos, la segunda tiende á realizar inmediatamente los datos de la fe; la una se ocupa principalmente en investigaciones científicas, mientras la otra enseña de una manera positiva y por medio de una predicación viviente. De aquí proviene el que todos los místicos, desde San Bernardo hasta Tomas de Kempis, fueron ó oradores distinguidos, ó escritores edificantes. Gerson, no ménos versado en la escolástica que en la mística, que sabía apreciar su valor respectivo y sus derechos, limitaba su esfera y relaciones con estos términos: «En la escolástica domina el poder de la inteligencia para percibir la verdad (*potentia intellectus circa verum*); en la mística domina el poder de las afecciones para gustar el bien (*potentia affectum circa bonum*).» El autor de la *Imitación* nos revela el mismo pensamiento cuando dice: *Opto magis sentire compunctionem, quam scire ejus definitionem*, libro I, c. I.

Este contraste, resultado ordinario del desarrollo activo del espíritu humano, era sobremanera necesario en los tiempos de que se trata. La mística produjo las cruzadas, la arquitectura gótica y otras consecuencias del mismo género, y tomó cuerpo, por decirlo así, en los templos góticos antiguos. En efecto, ¿no son acaso ellos la expresión de un sentimiento profundo, que, lleno de amor y de ardor, se eleva hácia el Omnipotente en alas del entusiasmo? El espíritu suspira en las ojivas de las catedrales como en las páginas de Tomas de Kempis. Pero sin la escolástica, la mística hubiese degenerado luego, porque á menudo veía las cosas por un solo lado, y apreciando únicamente la práctica, desconocía el valor real de la ciencia y caía más fácil y frecuentemente en el error que la escolástica. Pero ésta, á su vez, necesitaba la mística y su reacción para no separarse desde luego de la vida positiva. También ella se encuentra como materializada en las catedrales antiguas, porque esas bóvedas y columnas que se arrojan en el espacio para perderse en delicadas ramificaciones, en figuras casi imperceptibles, y sin embargo ejecutadas con un primor delicado, parece son la imagen de las cuestiones, de las tesis, de las respuestas, de las distinciones y de los numerosos y sutiles casos de la escolástica. Por esto, el verdadero teólogo reúne en sí las dos tendencias: la profundidad íntima del sentimiento con la claridad de la concepción y la perspicacia del pensamiento. Y en efecto, así es como sucedió en los principales personajes de la edad media, como un Hugo de San Víctor, San Buenaventura y mil otros.

Entre los primeros hombres que manifestaron claramente esta doble tendencia en sus obras, conviene contar á Escoto Erigena, en el cual la forma es viva, ni más ni ménos que la ciencia. En cierta manera se le ve filosofar en el diálogo de su principal obra, en donde se descubre la secreta ocupación de un genio, cuyas especulaciones más atrevidas corresponden á los más profundos sentimientos. Por esta razón empieza por Erigena el primer período de la escolástica, y se extiende hasta Pedro Lombardo y la escuela de San Víctor. Llega á su



apogeo bajo la dirección de los franciscanos y dominicos en el segundo período, que se extiende desde Alejandro de Háles á Duns-Escoto, y empieza á decaer y cae en el tercer período, que termina en el Renacimiento.

Digno es de especialísima mención aquel genio del siglo XIII, que es á la par que gloria á Italia, gloria de Europa, gloria de la ciencia católica y de la órden esclarecida á que pertenece, Santo Tomás de Aquino.

Tomás, hijo de los condes de Aquino en la Calabria, fué educado en el Monte Casino; manifestó deseos de hacerse religioso, y los benedictinos procuraron atraer á su congregación un hombre de un talento tan eminente; pero la carrera más vasta en que marchaban los dominicos lisonjeaba mucho las esperanzas del joven. Entró, en efecto, en esta órden á disgusto de sus padres y hermanos, y pasó á Colonia cerca de Alberto el Grande. Poco despues fué Tomás catedrático en esta ciudad (1249); más tarde, en el año 1257, lo fué en París, en Roma y en otras ciudades de Italia. Rehusó el arzobispado de Nápoles. Debe ser colocado entre los más grandes teólogos de la edad media, y aún en primera fila, si se tiene en consideración la vasta extensión de su saber y el genio profundamente filosófico que le caracteriza (*doctor angelicus*). Doctor á la vez especulativo y eminente dialéctico, pertenece Santo Tomás igualmente á los místicos y á los escolásticos. Desgraciadamente, su principal obra teológica (*Summa totius theologiae tripartita*) no está concluida. El pensar en su muerte, cuya época precisa él mismo predijo tres meses ántes, en el momento de partir al concilio de Lion, hizo que renunciase á toda especie de estudio, para ocuparse únicamente en la eternidad. Murió el 7 de Marzo de 1274.

Se han añadido algunos extractos de sus lecciones á la tercera parte de su *Summa*; lo restante tiene que completarse con su *Comentario sobre Lombardo*. Al exponer Santo Tomás su sistema en esta obra, que seguramente es la más importante de cuantas han producido los escolásticos, se adhiere francamente á San Agustín, de quien, segun el juicio del cardenal Norris, tan competente en estas materias, es el

mejor comentador. Mas al propio tiempo se nota en el doctor angélico la influencia de Hugo de San Víctor, al que de otra parte miraba como á su maestro. Injustamente se ha sostenido que la gran *Summa* no fué destinada por el santo á ver la luz pública, y que meramente era un extracto de sus lecciones puesto en órden. Esta asercion tan sólo es cierta en lo concerniente á la tercera parte. La segunda encierra dos subdivisiones: en la primera (*prima secunda*, intitulada *De virtutibus et vitiis in genere*), desarrolla los principios de la moral universal; la segunda (*secunda secunda*) encierra los de la moral especial, hasta entónces reunida á la dogmática por otros escolásticos, excepto Abelardo, cuya moral, sin embargo, es más bien filosófica que cristiana y teológica. La *Summa* procede del principio al fin por cuestiones; á una primera solución poco profunda sigue otra más completa. La introducción prueba que la teología es una verdadera ciencia, por más que descansa sobre la historia, porque los hechos históricos están basados en ideas. La teología ocupa el primer lugar entre las ciencias, porque el mismo Dios la dió, está apoyada en la revelación, y se distingue, por lo tanto, de una teología secundaria ó natural que no forma más que una parte de la filosofía. Segun Santo Tomás, cuando se disputa con incrédulos y herejes, tiene que seguirse un doble método; á los primeros manifiésteseles la vanidad de sus opiniones; á los segundos hágaseles palpar lo que tienen de comun con nosotros, y pruébeseles la verdad de los dogmas que desechan, acudiendo á la última unión con los que admiten. Sus obras apologeticas contra los mahometanos y judíos son el fruto del celo que le inspiró San Raimundo de Peñafort para ayudar á los predicadores de España. Sus *Comentarios* sobre la Sagrada Escritura manifiestan un profundo conocimiento de los Padres y una perfecta inteligencia de las ideas fundamentales de la Sagrada Escritura y del dogma. De otra parte, sus virtudes igualaban á su ciencia; por lo tanto, fué canonizado por Juan XXII en 1323, y colocado entre los doctores por Pío V en 1567.

La gloria de este ilustre dominicano excitó por mucho tiempo la envidia de los francisca-



SANTO TOMÁS DE AQUINO, DOCTOR